

en los plácidos, siempre bella á sus ojos y grata á su corazón. Le admiraba sentirse tan satisfecho: las dudas sombrías, las inquietudes penosas, los torvos ímpetus de la desesperación se habían disipado por completo, y la ventura irradiaba en su alma, como la luz en el cielo espléndido que desplegaba encima de la ventana su regio manto azul.

Amalia pensaba en Paco, sentíase como él llena de ventura, henchida de felicidad; también su alma estaba en aquel momento iluminada y tibia como aquella mañana del mes de Mayo, que hacía desfilan ante los amantes el cortejo triunfal de aquellos momentos de amor tranquilo y satisfecho, de tierna intimidad, de dulce y entretenida plática.

Como nube de verano, que entolda súbitamente el cielo, cruzó por la mente de la joven una idea aterradora. Al contemplar la palidez de su amante, que, para soñar mejor, había cerrado los ojos, se le figuró que el joven estaba muerto, y no pudo contener un grito de espanto.

—¿Qué tienes?—dijo el joven, incorporándose brusca-mente.

—Una visión, te pusiste muy feo, se me figuró que te habías muerto.

—¡Qué disparate! Nunca me he sentido con más vida; tranquilízate,—añadió en tono de zumba,—cuando me muera te lo aviso.

—¡Oh, no te burles!

En aquel momento la campana mayor de la Catedral, que daba las doce, llenó los aires con su grandioso son; oyóse luego animado y gentil repiqueteo, como si una

parvada de alegres y canoras aves hubiese tendido de repente el vuelo.

—¡Jesús, las doce!—exclamó Paco tratando de levantarse,—basta de *dolce far niente*.

CAPÍTULO VIII

“La Bandera del Progreso”

Nos sirve de título, el mismo que el señor General don Juan López aderezó en las profundidades de su magín, para nombre de un periódico que quería fundar. Así como al bautizar á un chico, ya que es fuerza ponerle un nombre, se le escoge alguno sonoro, retumbante ó poético; cuando se funda un periódico conviene ponerle un título llamativo y altisonante. No caviló más Don Quijote, cuando, al adoptar la escabrosa profesión de la andante caballería, esforzó el meollo para acomodar sendos nombres á él y á su asendereada cabalgadura, que lo que caviló el buen General para encontrar un título á su gusto para la publicación periódica que proyectaba.

Pensó en unos y los desechó, pensó en otros y los desechó igualmente. *La Luz, El Faro, El Sol*, parecieronle, aunque nombres de cosas radiantes y grandiosas, vagos, muy llevados y traídos, y poco adecuados á su propósito. *El Porvenir, La Libertad, El Ideal*, y otras palabras abstractas desfilan por su cacumen sin merecer los honores de la elección. Por último, desilusionado de los nombres simples, creyó obrar con mejor acuerdo forjan-

do compuestos vocablos, y esto fué darse á componer y á recomponer voces, con el mismo afán con que un ajedrecista hace y deshace jugadas.

El preocupado y caviloso espíritu de este fundador de periódico forjaba títulos así: *La Antorcha de la Civilización, El Brillo de la Idea, La Esperanza de la Humanidad*, y, no agradándole ninguno porque abarcaban demasiado, buscaba otros más circunscritos, por decirlo así, como por ejemplo: *El Bien de la Patria, La Prosperidad Nacional, La Dicha de la República, La Grandeza de México*, y otros por el estilo. Aburrido de tanto cavilar escogió, sin que podamos asegurar por qué, el que hemos apuntado; tal vez porque lo de *Bandera* aludía á su profesión militar, y lo de *Progreso* significaba que el señor General era, ó se tenía por muy liberal y progresista.

Era un tipo muy curioso este D. Juan López; frisaba en los cincuenta y ocho años, pero estaba tan bien conservado que apenas representaba cuarenta y cinco.

Era de mediana estatura, de complexión recia, fornida y robusta, de color muy moreno, y de una cara tan fea que cualquier valiente temblaría al encontrarse con él en lugares solitarios y en horas nocturnas. Figúrense ustedes unos ojos bizcos, unas cejas pobladas, muy negras, ásperas y que parecían formar una sola, pues se acercaban hasta tocarse; una nariz chata, remangada, con unas ventanas que parecían las aberturas de la madriguera de un animal; unos labios muy gruesos, muy amoratados, que dejaban entrever unos dientes enormes; una barba muy poblada, corta y muy áspera, y para coronar tan feo conjunto, un chirlo enorme que le cruzaba la mejilla

izquierda, comenzando en el pabellón de la oreja y acabando en el ángulo de la boca. De ésta salía cuando el General hablaba una voz ronca y estentórea, y cuando se callaba entraba en ella la cola de un gran puro.

No era menos contrahecho en su parte moral. Era amigo de las copas, no enemigo de las faldas, y estaba siempre sediento de ganancia y lucro. Era valiente como un león, astuto como una zorra, leal como un perro y marrullero como un gato; aunque su inteligencia no era grande tenía fama de caviloso y listo, y su instrucción era inmensa; pero no de la que se adquiere en los libros, sino de la que se pega en el comercio del mundo y en el roce de la gente.

No hay que asustarse; no vayan ustedes á creer, por lo dicho, que voy á presentarles un ogro come niños, un monstruo sediento de sangre ó un criminal harto de homicidios. Nada de eso, mi General era muy agradable en su trato, era una fiera domesticada, y, aunque algo pesado en sus chanzas y rudo en sus modales, no dejaba de ser simpático por lo campechano de su trato, y el aire inofensivo y bonachón que, cuando le tenía cuenta, sabía tomar.

Tenía muy buena posición, y gozaba de alguna influencia, no por sus méritos, sino por el recelo que inspiraba su carácter astuto y su ánimo resuelto. Había prestado buenos servicios en las últimas revoluciones, por todo lo cual se había encumbrado hasta llegar á ser casi una eminencia política.

Llevaba quince años de posarse en una cómoda curul de la Cámara de Diputados, representando unas veces á

un distrito y otras á otro. Su programa político y su conducta como diputado eran muy sencillos: estar siempre con la mayoría, votar á todo trance con el gobierno, y ser partido con los amigos, quiere decir, ayudarlos en sus negocios conforme á aquello de «hoy por tí y mañana por mí.»

Después de saborear una comida opípara, regada con buen Burdeos y Sauterne exquisito, sellada con sorbos de café aromático y sendas copitas de cognac de cinco ceros, y cuya sobremesa se prolongaba hasta las cuatro de la tarde, nuestro General se dirigía lentamente, con aire beatífico, y dando chupadas formidables á un puro habano, hacia el antiguo teatro de Iturbide, convertido desde hace mucho en Cámara de Diputados. Tenía razón mi General para no apresurarse, pues á esa hora apenas comenzaban á llegar los eximios padres de la patria, todos tan graves, todos tan dichosos, todos tan hartos, aunque no todos de tan buena digestión como mi simpático General.

Al cruzar el vestíbulo, de lo que algunos pedantes suelen llamar el templo de las leyes, dirigía un leve saludo al viejecito León, que, como mono enjaulado, escondía tras una mesita cubierta de verde tapete la menguada estatura y mostraba la ridícula cara, tomando nota de los señores diputados que iban entrando. En seguida al acercarse nuestro General al estrecho pasillo que conduce al salón, recibía con aire majestuoso, como el de un rey que acepta un homenaje, el número del *Diario Oficial* que le presentaba el mozo de oficios.

Por lo común al entrar al salón el ciudadano López, el

local contenía la mitad apenas, ó menos, de los que debiera, y se oía la chillona voz de un secretario que pasaba lista. Los diputados presentes, en su mayor parte con el sombrero puesto, forman en esos momentos diversos grupos en distintos sitios del local; óyese el vago rumor de voces que charlan alegremente, destacándose de vez en cuando alguna exclamación estrepitosa ó alguna carcajada sonora. Una luz pálida, indecisa y como crepuscular, imprime cierto sello fantástico al recinto, cuya tibia atmósfera se halla bastante cargada del humo de puros y cigarros con que los señores representantes del pueblo entretienen su ociosidad.

Cada recién llegado saluda afectuosamente á sus colegas, dándoles el título sacramental de compañeros, estrecha las manos de los que encuentra al paso, acariciándoles las espaldas, ó recibiendo la misma caricia si son de confianza, hace un signo cortés á los compañeros que se encuentran retirados y se dirige luego á su corrillo.

Una de tantas tardes, el señor General López llegó, como solía, al templo augusto de las leyes, y, como solía también, saludó levemente á León, recibió el Diario, estrechó muchas manos, palmeó y fué palmeado, repartió algunos puros, y se encaminó á su sitio habitual, en busca de sus convecinos de Cámara.

Esa tarde, como casi todas aquellas en que se dignan concurrir los señores diputados á desempeñar sus arduas tareas, no había empezado la sesión, á pesar de ser ya mucho más de las cuatro; había muchos representantes, ciertamente habría *quorum*, lo cual trataba de comprobar el secretario pasando lista.

El salón, en toda su área tapizado, ofrecía el aspecto de un casino animadísimo; por todas partes se distinguían corrillos de cuatro, de cinco ó de seis diputados, que, sentados unos, de pie otros, y apoyados en las balaustradas algunos, se entregaban al incomparable deleite de la charla. En el fondo del salón, en lo que fué escenario del teatro y es la parte más oscura del recinto, se destaca, bajo rojo dosel, el sillón y la mesa de la presidencia, y delante de ésta, y á un lado y á otro, las dos tribunas de los secretarios; toda esta parte está separada del resto por un grande arco, en cuya clave se ve en tosco relieve de yeso, la figura del pobre Iturbide, que fué coronado de burlas en México y fusilado de veras en Padilla.

Representa el salón un gran segmento de círculo limitado por doble serie de galerías paralelas, á las que se sube por escalinatas laterales. En esas galerías hay cómodos sillones de bejuco en que descansa la respetable personalidad de los señores diputados. En el recinto inferior, y descansando en el muro de la más baja de las galerías, se ve otra hilera de sillones, que también son sillas curules; hacia el centro hay dos mesas, cercadas por simples sillas, son los asientos de los taquígrafos; los cuales taquígrafos, en estos tiempos tranquilos, tienen aún menos quehacer que los diputados, muchos de los cuales se entregan, á no dudarlo, á las penosas labores de una digestión difícil.

Sobre el tapiz rojo oscuro del recinto central y de las galerías resaltan las bruñidas escupideras de latón, que, al pie de cada curul, esperan las colas de puro, las viejas de cigarro y otras cosas menos pulcras que los señores

diputados, por vía de desahogo pectoral, tengan á bien depositar en ellas. Sobre las balaustradas corre una especie de angosta plataforma de color negro, en la cual colocan los diputados, ya sus chisteras, ya rollos de papeles, ya el desdeñado periódico, ó apoyan en ella los codos en los momentos de ocioso cavilar ó de meditación honda, ó la región sacra del cuerpo cuando quieren conversar con los que están muellemente arrellanados en los cómodos sillones.

Sobre el recinto destinado á los miembros de la Cámara popular están los locales, que en el lenguaje parlamentario se llaman galerías de la Cámara, y que no son más que los palcos del ex-teatro. El techo del local tiene la forma de un trozo de cono, de cuya base superior, cerrada por vidrios apagados, cuelga, por fuerte cadena metálica suspendido, un magnífico candil de cristal de innumerables luces, que, como pirámide de afiligranado hielo, suspende su mole poderosa sobre las graves cabezas de los representantes del pueblo.

Entrado que hubo al salón, subió el General López la escalinata de la derecha, y buscó en la primera galería su habitual sitio y sus cotidianos compañeros de parlamentaria charla. Estos eran dos generales como el mismo López, un antiguo periodista, y un más antiguo político, de esos que en todas las administraciones, y bajo todos los gobiernos, logran ser diputados por lo menos. Valdés, que así se llamaba este tipo, había sido continuamente diputado en tiempo de Juárez, en tiempo de Lerdo, en tiempo del General Díaz, y lo era ahora en tiempo del General González.

—Buenas tardes, queridos compañeros,—dijo el General López, tendiendo la mano á sus amigos.

Con excepción de Valdés, limitáronse los saludados á devolver el saludo, mas aquél se puso en pie presurosamente y, abriendo los brazos, exclamó:

—¡Mis plácemes, querido General! Ya sabemos que arregló usted el pingüe negocio de los terrenos. ¡Ah, qué mi general tan listo! Donde otros se pierden, usted se halla. ¡Oh! Tiene usted un pico que puede beber agua en el lago de Chapala.

—No es cosa, señor compañero; ese negocio tiene más enfados que ganancias, muy pocas ventajas podré sacar. Usted sí que merece felicitaciones,—añadió guiñando el ojo,—por aquello de los alcances; ese sí es negocio seguro, fácil, que no causa molestias y puede dejar muchísimo.

Los generales Ramírez y Peña, que nada habían dicho hasta entonces, lanzaron, el primero, un «¡Vaya!» y el segundo la siguiente frase:

—¡Qué felices son ustedes! ¡Como que están en el candelerero! Sólo yo nada puedo conseguir. ¡Ya se ve, al Gobierno le parece mucho con tenerme aquí de flojo, y abonarme tres mil pesos anuales porque venga á charlar aquí con ustedes!

—Donde lloran está el muerto,—dijo el periodista.—Es verdad que el señor Peña no saca las tajadas de la Tesorería General; pero en su Estado, ¿qué tal? Todo se sabe, todo se sabe, ya estamos al tanto del valioso corretaje que le dieron cuando arregló lo del ferrocarril.

—Agua de cerrajas se volvió el tal corretaje,—contestó desdeñosamente Peña.

—No tanto,—dijo Ramírez,—y si no ¿con qué está haciendo el compañero la casita de las Colonias? ¿con qué sostiene la familia que tiene á la vista, y las tres ó cuatro que tiene entre bastidores? no le hemos de creer que sea con el sueldo, ya está grande Pedro para pastor.

Una carcajada general acogió las palabras del que hablaba.

—¡Maliciosos! —contestó Peña,— todo lo han de envenenar. ¡Ah, compañero López! ¿qué tal va de conquistas? ya nos contaron que había regalado un aderezo de brillantes á la beneficiada del *Nacional*. ¡Ah, calaverón! y la suerte que tiene, quien le vea esa cara de espanta niños, no ha de creer las peras que se come y lo tiernitas que las coge.

El sonoro retintín de una campanilla, seguido de las palabras: «Se abre la sesión,» suspendió la animada charla de los corrillos. Los señores diputados se quitaron el sombrero, se acomodaron en los sillones; mas no por eso dejaron de platicar, importándoles un comino los asuntos que esa tarde iban á someterse á su alta consideración.

Uno de los secretarios ocupó la tribuna de la derecha, y con monótona entonación, y voz desapacible y confusa, se puso á leer, del peor modo que supo, el acta de la sesión anterior, de cuya lectura maldito el caso que los platicadores diputados hacían. Al acabar de leer, exclamó, alzando más la voz:

— ¡Está á discusión el acta!

Y, apoyando los codos en la barandilla de la tribuna, calló y esperó unos momentos; mas, viendo que el dis-

traído auditorio hacia tanto caso de la exclamación como de la lectura, dijo como automáticamente:

— No hay quien pida la palabra. ¿Se aprueba?

Y como ninguno le hiciera el menor caso, exclamó:
¡Aprobada!

Bajó de la tribuna y volvió á poco con varios papeles, que eran otras tantas comunicaciones dirigidas á la Cámara, y de las cuales iba á dar cuenta á sus señorías.

Maldito el caso que hacían las tales señorías de los documentos que estaban leyéndose, y que en verdad eran muy poco amenos, pues se trataba de que la legislatura de Jalisco comunicaba haber abierto el segundo período de sus sesiones ordinarias, ó de que la de Tabasco había clausurado el primer período de las mismas, ó de que el gobernador de Durango había prestado la protesta de ley, ó de que la señora H., viuda del general R., solicitaba de la longanimidad de la Cámara una pensión, en razón del desamparo en que gemía la pobre viuda y de los buenos servicios del difunto.

Acabada la lectura de cada documento el secretario pronunciaba mecánicamente, por decirlo así, las palabras sacramentales del trámite; así es que, según los casos, oíasele decir:

— Enterado. Pase á la comisión de peticiones. Al archivo. A sus antecedentes, y otras tales.

Entretanto los señores representantes seguían charla que charla y fuma que fuma. De cuando en cuando se oía el vibrante son de un timbre metálico, cruzaba el salón un mozo de oficio, y á poco volvía con un vaso de

agua, destinada á refrescar las sedientas fauces de alguna de las señorías.

— Dicen que en los últimos días del mes tendremos sesiones ruidosas, — dijo el señor General Peña á sus vecinos, mientras el secretario leía aquellos documentos en que nadie se fijaba.

— En efecto, — contestó el periodista, — se asegura que se presentará una iniciativa, proponiendo el divorcio.

— Lo celebro, — exclamó Ramírez, — se lucirán los picos de oro de la Cámara; tal vez *debute* nuestro compañero López.

— Nones, — contestó el aludido, — yo soy hombre práctico, no entiendo de retóricas y tiquis miquis. Voy á mi negocio sin chistar.

En ese momento penetró en el salón un personaje, que produjo entre los diputados un efecto mágico, todos se conmovieron, todos se apresuraron á saludarle; muchos salieron á su encuentro, tendiéndole la mano, considerándose muy dichosos los que alcanzaron una sonrisa ú otro signo de benevolencia, del recién llegado.

No había en éste nada que llamara la atención, era un hombrecillo rechoncho, aviejado, desaseado en el traje, perezoso en los movimientos, sin distinción en los modales, sin nada en fin que explicara el grande efecto que produjo su presencia en la augusta asamblea.

Era el ministro; discutíase á la sazón el presupuesto, y aquella tarde se iba á votar el ramo correspondiente á la Secretaría encomendada al personaje que acababa de llegar. Atravesó éste lentamente el salón, y llegó al departamento de la presidencia, en donde se acercaron á

conferenciar con él los miembros de la comisión de presupuestos.

El señor ministro les dió las últimas instrucciones, reformó algunas partidas, introdujo otras, y, cuando ya estuvo listo y en sazón aquella especie de pastel parlamentario, comenzó el secretario á dar lectura al ramo que esa tarde debía votarse. Leyó con extraordinaria rapidez y con increíble oscuridad; apenas se oían las palabras: «tres mil pesos,» «dos mil pesos,» «seiscientos pesos;» aquello parecía un sorteo de lotería, un remate, ó la insulsa charla de un loro que no supiera decir más que «pesos.»

Sin duda por eso no se preocupaban los diputados por lo que leyéndose estaba. Cuando concluyó la lectura pronunció el secretario la frase de cajón:

—Está á discusión el ramo. Y como nadie tuvo humor de decir oste ni moste, agregó el secretario:

—No hay quien pida la palabra, se procede á recoger la votación.

Y comenzó á pronunciar, con la entonación más fuerte que su registro vocal tenía, el nombre de cada uno de los diputados presentes, dirigiendo el rostro al nombrado. Estos no dieron muestras de hacerse cargo de que se les pedía su voto, siguieron sin interrumpirlas sus anteriores conversaciones, los más atentos se contentaron con hacer una leve inclinación de cabeza. Cuando el secretario acabó de nombrar á todos los presentes, pronunció estas palabras también de estampilla:

—Aprobado por unanimidad de ciento treinta y siete votos.

Después de lo cual sonó la campanilla, oyéndose entre sus repiques la voz del presidente que decía:—«Se levanta la sesión.»—Eran las cuatro y cuarenta minutos de la tarde, aquella sesión laboriosísima había durado veinte minutos; los padres de la patria, alegres y con la satisfacción de los que acaban de desempeñar altísima labor, tomaron sombreros y bastones, y formando animados corrillos, salieron á divagar el ánimo abrumado con las cuestiones del Estado, contemplando los vistosos escaparates, las ricas joyas y las guapas chicas, que á esa hora se ven en las calles de Plateros y San Francisco.

Mientras el secretario leía aquella larga lista de empleos y sueldos, el General López dejó su sillón, fué á saludar al señor Ministro, se sentó á su lado, le ofreció un puro, se puso á charlar con él; y de aquella charla resultó, que *La Bandera del Progreso*, contando con una subvencioncilla regular, se publicaría muy pronto, y aumentaría con uno más el número de los periódicos ministeriales.

CAPÍTULO IX

Redacción y redactores

No era de pigmeo el paso que, en la florida senda de la prosperidad, daba el General López al fundar *La Bandera del Progreso*. Engrandecía el círculo de su acción, aumentaba su importancia, multiplicaba sus relaciones y